

Comentarios bibliográficos

¿L'ABONDANCE EST-ELLE POSSIBLE?—
Por Pierre Kende—Collection Idées, Gallimard—
París, 1971. 250 p.

El autor de este libro es economista y enseña en la universidad de Nanterre. Pero en el prólogo hace una advertencia que debe tenerse en cuenta, ya que constituye tanto una aclaración como una apología a los interrogantes que muy justificadamente suscita: "...este ensayo, aunque escrito por un científico, no es científico. En efecto, frente a los dilemas del hombre convertido en su propia medida, resulta vano recurrir a las luces de la Ciencia. Si hay alguna salvación, ésta reside en nuestra facultad de interrogación y de juicio crítico, ya que solo ésta nos capacita para la elección. Y el lenguaje de dicha facultad es socrático más que científico".

Hasta cierto punto, los análisis de Kende no dan respuesta a la pregunta formulada en el título. ¿Es posible la abundancia? Parece como si se tratara de una pregunta retórica por cuanto el libro se ocupa, ante todo, de examinar y de rebatir el concepto que el autor denomina "productivismo". Dice, en alguna ocasión, que ha acudido a ese término en lugar del de "capitalismo" para no hacerle el juego a las ilusiones ideológicas y políticas que ven una línea divisoria inexistente entre las modalidades económicas del mundo contemporáneo. "El ejemplo de Cuba es la ilustración más reciente de los sinsabores de un socialismo incapaz de definirse en términos que no sean económicos". El subtítulo —"Ensayo sobre los límites de la economía"— apunta, pues, de manera mejor a las intenciones de una obra cuyo protagonista —y villano—, el productivismo, se identifica con el pensamiento económico. En forma algo apresurada, puede sim-

plificarse la tesis de Kende en estos términos: la teoría y la praxis económicas no pueden emanciparse del productivismo; por consiguiente, es necesario modificar los enfoques y las prioridades, y emprender la búsqueda de normas y de metas no primordialmente económicas, no sumisas al encadenamiento infinito del productivismo.

Este nobilísimo propósito es el tema de una abundante literatura de todo género y proveniente de todos los países. Omitiendo, por el momento, las conclusiones de Kende, su obra tiene dos motivos de interés. El primero, la revisión de una serie de actitudes y de tópicos que en forma rapidísima se han ido incorporando a la sabiduría convencional; el segundo, la perspectiva del autor, su ubicación geográfica, nacional, intelectual: ¿qué dice un catedrático de Nanterre después de mayo de 1968?

Respecto a esa tumultuosa *contestation*, menciona lacónicamente que ese año muestra la “inutilidad, el peligro mismo, de una revuelta que, para superar los problemas del siglo XX, acude a los clisés del XIX”. Esas críticas o autocríticas son bastante frecuentes. Resultan más notables las disecciones de los clisés. Por ejemplo, el término sociedad de consumo se ha convertido en un comodín para designar todas las perversiones sociales y morales de la época. El consumo privado es la forma más diabólica de la alienación y de la opresión. Sin embargo, “en términos *relativos* la sociedad industrial contemporánea acaso sea la menos ‘consumidora’ que haya conocido la historia”. La proporción entre gasto privado y gasto público no tiene precedentes, “ni siquiera en la época de construcción de las catedrales o de las pirámides”. Consumo, añade Kende, se ha vuelto la antítesis de producción, y es esa una dicotomía simplista; el consumo jamás es enteramente pasivo; el consumo “psíquico” tiene la misma virtualidad regenerativa o recreativa que el consumo fisiológico; pero en ninguno de los dos casos se trata, *a priori*, de una actividad superflua, parasitaria, letárgica; hay siempre, añade Kende, y por modesto que sea, un elemento activo, una búsqueda “de lo inexplorado todavía”.

Dentro de un terreno más complejo, Kende hace una revisión semejante de la espinosa noción de “necesidad”. Inevitablemente, intervienen las célebres líneas de Marx sobre los dos reinos, el de la libertad y el de la necesidad. Pero, como en el ejemplo anterior, vuelve a plantearse la cuestión del contenido

del término. En el caso de que sea posible trazar la frontera entre necesidades “vitales” —ese mínimo hipotético que se suele denominar supervivencia— y las necesidades de otro orden, ¿cómo distinguir entre estas últimas y las perversiones golosas de la “sociedad de consumo”? Equis calorías diarias son una necesidad; de ahí para adelante hay que enfrentarse a la relatividad histórica y social del concepto. La discusión es algo manido, a primera vista; pero dentro de este estudio tiene implicaciones importantes ya que, en efecto, Kende sostiene que la necesidad es la coartada de los regímenes socialistas para haberse embarcado en el “productivismo” y haber aceptado las reglas de juego económico del adversario. Y va más allá todavía: no se trata de algo episódico, como se suele argüir; no se trata del subdesarrollo ruso con que tuvo que habérselas Lenin, ni tampoco de una aberración estalinista; en realidad, la tendencia estaba presente ya en la teoría prerrevolucionaria. La emulación técnica, y por consiguiente económica, con el capitalismo, estaba en la raíz de la ortodoxia socialista. Vuelve, esta vez irónicamente, la cita de Marx: “El proletariado se servirá de su supremacía política... para aumentar lo más de prisa posible la masa de las fuerzas productivas”. La expresión, recalca Kende, no es de Lenin sino del “Manifiesto comunista”.

Hay otros análisis igualmente agresivos e igualmente heterodoxos —heterodoxos porque el autor, como todo el mundo, se declara, en principio, socialista. Y hay también una conclusión, para la cual el autor nos había prevenido en el prólogo, entre otras cosas con las líneas citadas sobre el carácter no científico de su obra. Esta desemboca, quizás fatalmente, en todo caso deliberadamente, en la reivindicación de la Utopía. “Los regímenes que se pretendían socialistas la han descartado sistemáticamente; siempre que se planteaba el dilema, lo resolvían a favor del progreso técnico, y se negaban a aceptar una vocación que no cupiera dentro del ámbito técnico-económico”. Dice en seguida que la acusación al productivismo implica la “elección ineluctable entre dos tipos de progreso”. El otro tipo, el no productivista, sería una democracia de tipo comunitario que comenzara por negarle su papel preponderante a la economía, a “la cosa económica”, para ir estableciendo paulatinamente convenios y decisiones relativos a las modalidades de una existencia en donde el trabajo —y también el ocio, la creación, el consumo— fueran decisiones individuales dentro de un todo social cohesionado por el principio de la *vita activa*, de una vida en donde la pro-

ducción tabulable estadísticamente y el placer derivado de emulaciones sociales pasaran a un segundo plano, y se ampliaran, en cambio, la espontaneidad, la efusión creadora, el placer no codificado.

Ese es, ni más ni menos, el desenlace. Por supuesto, toda la agilidad dialéctica de Kende se diluye en estas beaterías que lo sitúan a un nivel inferior al de *The greening of America*, ya que Reich compensa en parte su desorden y sus laxitudes con un entusiasmo que, al menos a cierto nivel sentimental, lo hace atrayente. La utopía es un género arduo; posiblemente Kende hubiera hecho mejor con detenerse en la afirmación de la necesidad de esta —la necesidad de rebasar la al parecer inflexible racionalidad económica, por ejemplo— y prescindir de pormenores. Yo hago la crítica, otros hagan el programa. Muchas, posiblemente la mayor parte de las utopías, contienen un elemento de tristeza; pero nada tan irremediablemente triste como el utopismo ramplón.

H. V. G.

* * *

LA INSTITUCION NEGADA. INFORME DE UN HOSPITAL PSIQUIATRICO—Por **Franco Basaglia**—Barral Editores—Barcelona, 1972—Traducción de Jaime Pomar. 348 p.

Hay en particular dos instituciones cerradas que testimonian (cuando pueden) las inepticias del mundo contemporáneo: son la cárcel y el asilo —en especial el asilo de alienados. La institución del prostíbulo en cuanto recinto absorbente y único —mezcla grotesca de prisión y de familia— tiende a desaparecer; el que la profesión siga tan campante es un problema distinto y cada vez más elusivo, dado que ha sido necesario poner en tela de juicio, entre otras cosas, la fatalidad causal de la necesidad económica como factor único en el ejercicio de esa actividad tan censurada y también tan solicitada. Los internados educativos —la aborrecida y satirizada *public school* inglesa— no son hoy, posiblemente, tan sórdidos como hace unas generaciones. Algo semejante puede decirse del soldado o del marino; en mayor o menor grado, se ha atenuado el carácter predominantemente represivo y punitivo de su condición. Quizás el ser-

vicio militar no sea una expectativa jubilosa; pero de todos modos, que yo sepa, no existen ya, institucionalmente, modalidades como aquella de la Rusia zarista en donde determinados campesinos eran forzados a ingresar a las filas *de por vida*.

Oportunismo reformista, liberalidad, democratización: no se trata ahora de hacer el intento de analizar esas circunstancias. Ahora bien: esos mismos impulsos han actuado, y actúan, en lo referente a la cárcel y al asilo de alienados. La diferencia consiste en que una y otro son impermeables a las innovaciones, a las técnicas sociales y clínicas, al desembolso monetario y al mucho más considerable desembolso en generosidad, en abnegación, en solidaridad humanas que se han concentrado en estas instituciones. Debieran serlo, y son, escandalosas; pero su realidad intolerable se contrarresta con una característica común y fundamental a los dos organismos: el silencio. Alguna vez acontece un horror como el de Attica y luego las cosas vuelven a la "normalidad". En los asilos, en cambio, ni siquiera hay la ocasión del motín o de la revuelta; su silencio es más hermético y más tenaz, por lo tanto, la sordera.

El doctor Franco Basaglia se encargó en 1961 de la dirección del hospital psiquiátrico de Gorizia. Este libro presenta una serie de artículos sobre el experimento adelantado allí por Basaglia y sus colaboradores; médicos, pacientes, periodistas, un sociólogo describen su aproximación y su participación en una empresa de zapa y corrosión que Basaglia describe, consciente y orgullosamente, como anárquica. La edición original apareció en 1968, pero no tengo la cronología exacta que permita presumir si los acontecimientos políticos y universitarios de ese año influyeron en el énfasis rebelde y agresivo de la obra; de todas maneras, el hecho es que el proceso había comenzado con mucha anterioridad.

En el de Gorizia, como en organismos semejantes (no sobra mencionar que se trata de un asilo estatal al que nunca o casi nunca acuden los pacientes por su propia determinación) se practicaban aún los métodos de represión y de castigo físico que le han conferido su negra aureola a tales instituciones. Igual que en las cárceles, es una barbarie que pretendía ser ocasional y necesaria; los métodos son reprobables pero hay presos que necesitan el confinamiento solitario, hay enfermos mentales que necesitan la camisa de fuerza. La culpa es siempre del recluso;

nadie postula teóricamente los beneficios de esos procedimientos, pero los confinados obligan a los médicos o a los administradores a adoptarlos. Son, por decirlo así, réprobos que incurren también en la contumacia.

Hasta un momento difícil de precisar dentro de la narrativa del libro, la actuación de Basaglia se situaba al nivel de la reforma; el concepto de asilo "abierto" se remonta al siglo pasado, e inicialmente en Gorizia se tuvieron muy en cuenta experimentos contemporáneos en la psiquiatría contemporánea, como el de Maxwell Jones en Inglaterra. El periodista Nino Vascón, en una serie de entrevistas con pacientes, con enfermeros, con monjas auxiliares, narra en parte la cancelación de las modalidades represivas internas y la configuración paulatina de un universo en donde no solo se habían cancelado la mayor parte de las coacciones físicas sino en donde también la discusión y la crítica por parte de todos quienes integran el hospital se convirtió en la dimensión permanente de las actividades internas. La asamblea general ha sustituido —o tratado de sustituir— la relación bilateral médico-enfermo; el objetivo doble de estas consiste, claro está, en establecer la relación comunitaria como sustituto de la autoritaria pero, más aún, en restituírle al enfermo, dentro de esa nueva esfera, la posibilidad y la necesidad de la lección y la responsabilidad propias.

Ahora bien: ¿dentro de qué márgenes puede hablarse en un caso así de elección y, por consiguiente, de libertad? El enfermo puede aceptar o no la prescripción de sedantes o tranquilizantes; se permiten salidas individuales con cierta frecuencia; se discute sobre las actividades colectivas —paseos, fiestas, la organización del bar, la función del periódico dirigido por un recluso (periódico extinto cuando se volvió "innecesario para la comunicación interna"); se critican los trabajos accesibles y sus remuneraciones, etc. Dividido antes en diferentes "servicios", estos están siendo abolidos, y se cerró el último servicio "cerrado", la expresión más visible del manicomio tradicional.

Hasta ahí, nada espectacular en demasía; simplemente, la concordancia de los propósitos reformistas con las prácticas reformistas —algo, dicho sea de paso, más difícil de proclamar que de realizar. Pero Basaglia y los demás médicos se habían comprometido muy profundamente en el proceso para detenerse en ese punto; y es entonces cuando la reforma se convierte en ne-

gación, en rebeldía y refutación totales. En adelante se van atacando, sucesivamente, El asilo como institución; la sociedad como cuerpo cuyas excrecencias y flaquezas configuran a su vez la realidad "asilar"; finalmente, al sentido mismo de la terapéutica y del papel del psiquiatra. El frenesí contestario culmina en la expresión de un sociólogo que colaboraba como tal en Gorizia: "La experiencia de investigación en el seno del hospital psiquiátrico consiste justamente en poner de nuevo progresivamente en cuestión los instrumentos y las técnicas de la investigación en su conjunto, y finalmente a la crisis de la misma noción de investigación y a la *renuncia* a ella" (el subrayado aparece en el texto).

En un libro que, sin remedio, tiene muchos puntos de contacto con *La institución negada*, escribía hace unos años Michel Foucault: "Si quisieran analizarse las estructuras profundas de la objetividad en el conocimiento y en la práctica del siglo XIX, de Pinel a Freud, sería preciso mostrar justamente que esa objetividad es desde el principio una cosificación de orden mágico (...). Lo que se llama la práctica psiquiátrica es una cierta táctica moral, contemporánea de los últimos años del siglo XVIII, conservada dentro de los ritos de la vida de asilo, y recubierta con los mitos del positivismo". (*Historia de la locura en la época clásica*). El asilo y la práctica psiquiátrica, añade Basaglia, están demasiado entremezclados como para que sea posible rebatirlos por separado: el asilo es una institución represiva, una manifestación de la violencia social; y el médico, no importa la terapéutica utilizada, no puede apartarse del papel de ejecutor que la sociedad ha asignado y que él ha asumido inicialmente. "La negación y el desenmascaramiento de la violencia conducen de este modo a negar radicalmente la institución", dice Agostino Pirella, uno de los colaboradores de Basaglia. Pero, prosigue otro de ellos, Giovanni Jervis: "La principal contradicción concierne, sin embargo, al médico: a diferencia del hospitalizado, este no necesita conquistar su libertad para sobrevivir y replantearse el mundo, sino que debe renunciar a un universo cultural y de clase del cual obtiene sus privilegios".

El esquema, aproximadamente, es así: el rechazo de la institución conduce al de la sociedad; este revierte al del papel del médico el que, a su vez, desemboca en el rechazo (o crisis) de la psiquiatría. ¿Qué habrá acontecido en Gorizia después de la publicación de este libro? Es una obra repleta de intensidad humana y de pasión intelectual que se detiene, circunstancialmen-

te, en el momento crítico, cuando los análisis han desembocado en el suspenso que representa la interrogación sobre el futuro. Se ha agotado la etapa de análisis, de cotejo y de discusión: “La realidad de los manicomios” escribe Basaglia, ha sido sobrepasada y se ignora cuál puede ser el paso siguiente”. Es el relato de un salto al vacío, es decir de una locura y Basaglia lo reafirma: “Resulta demasiado fácil (...) definir nuestro trabajo como falta de seriedad y de respetabilidad científica. Este juicio solo puede halagarnos, puesto que al fin de cuentas nos asocia con toda la falta de seriedad y de respetabilidad atribuída desde siempre al enfermo mental, así como a todos los *excluídos*”. Esa aventura, esa demencia revolucionaria plantean dos interrogantes. Uno, el ya mencionado, acerca de su prolongación específica. Pero tal vez es una pregunta baldía, por cuanto todo indica que toda esa suma de negaciones solo podrán invertir su cariz mediante una transformación revolucionaria que, al parecer, no se ha producido. La segunda cuestión es de orden moral. Se ha lanzado a un conjunto humano en una empresa que, según los autores, está orientada a la liberación del paciente individual. Ahora bien: posiblemente ese concepto libérrimo y anárquico sea, a su vez, una ideología. En ese caso, cabría poner entre paréntesis toda la trayectoria descrita en este libro, pues se alteraría la significación del experimento, al volverse lícito —y hasta inevitable— el dilema, de si se ha servido a los desdichados, a los “excluídos” o si, por el contrario, estos han sido también instrumentalizados al servicio de una abstracción, de un fanatismo, por sinceros que estos sean.

H. V. G.

* * *

INTRODUCCION A LOS VASOS ORFICOS.
Por José Lezama Lima—Barral Editores—Barcelona, 1971. 272 p.

Este libro, anuncian los editores, reúne escritos en prosa de Lezama Lima “de escasa o nula circulación fuera de Cuba”. Dispuestos en orden cronológico, comprenden desde el año 1945 hasta 1968.

El autor de *Paradiso* (“abierto para pocos, cerrado para muchos” y entre estos últimos figura el suscrito) ha recogido tam-

bién recientemente sus poesías en un volumen considerable (del que tampoco conozco sino algunas muestras más bien letárgicas). Por lo tanto, leí esta *Introducción a los vasos órficos* como si se tratara de un libro, no de un documento o de un impensable complemento a lecturas no efectuadas.

Tanto Lezama como los editores se cuidan de darle una denominación específica a estos escritos. No se trata, por consiguiente, de ensayos; y su recorrido hace obvio que no se trata tampoco de crítica. Son textos en el sentido etimológico que Walter Benjamin reivindicaba para el término: tejidos, urdimbres. Sea lo que fueren, el asunto de la nomenclatura es ocioso. Es el mejor libro contemporáneo en español acerca de la poesía.

Lezama, conste, es amanerado hasta hacerse insufrible. “El espacio clavicular, donde se engendraba el árbol creacional de Idumea, o las extensiones del costado, donde interroga el centurión o se concentran en nueva osteína las evaporaciones somníferas”. Abundan —y cómo— joyas semejantes; pero conste asimismo que esos perifollos se van haciendo más escasos con el tiempo, sin que ese atenúe mayor cosa el caos y el retorcimiento conceptuales del autor.

Lo que cuenta es la sucesiva decantación que Lezama va haciendo de su idea —supongo— de la poesía. Las teorías son tan frecuentes como las generalizaciones, y otra de sus peculiaridades más irritantes es el uso continuado de denominaciones colectivas, como si estas tuviesen un significado inmediato, ya que no unívoco. “Los etruscos”, “los presocráticos”, “los escolásticos”, “los egipcios” van y vienen por estas páginas con irritante desfachatez. Por supuesto, el fenómeno se acentúa más aún con la renombrada erudición del autor y el desfile de nombres y de citas provenientes de todos los lugares y de todas las épocas y, sobra añadirlo, sin mayores referencias. La actitud de Lezama hacia la información del lector parecería condensarse en líneas como las siguientes: “Si alguien no ha meditado sobre lo que representa simbólicamente en la cultura china el Carro del Toldo, no está en condiciones de conocer sus claves emblemáticas. El dosel que recubre el Carro del Jefe y que representa el cielo, de forma circular, se basa en el número áureo 36, que representa la totalidad de un contorno, igual que 360. Venticinco arcos lo unen a la columna central, enlazada a la caja cuadrada del carro, que representa la tierra”, etc. Pero a estas alturas es for-

zoso haber percibido ya que Lezama es una especie de Buster Keaton de la escritura y que todo el tiempo ha estado riéndose de sí mismo y del lector que descubre, con un escalofrío de vergüenza, que jamás ha meditado sobre la significación del Carro del Toldo. La cita está tomada de “La biblioteca como dragón”; ese título y ese humor son unos de los aparentescos del cubano con Borges, y acerca de los cuales no cabe insistir ahora.

Hay una referencia insistente a lo que denomina Lezama la imagen y que es para él la concreción de lo poético. Obsesionado por la recurrencia, por la dualidad, por el revés y el derecho, por la añorada unidad dual, trina o cuádruple, por las tensiones de los contrarios, por la fugacidad y la inmortalidad, Lezama ve en la “imagen” lo sustantivo de la experiencia poética. Da de ella numerosas definiciones, bastante enrevesadas; esta es relativamente diáfana: “La imagen es el incesante complementario de lo entrevisto y lo entreoído, el temible *entredeux* pascaliano solo puede llenarse con la imagen”.

Pero no importa lo tortuoso de las definiciones. El deleite del libro consiste en tropezar con las imágenes que Lezama reconstruye o, mejor dicho, crea. Tomás de Aquino y su diálogo con el autómatas soñado; Sonia Marmadelov y la abundancia milagrosa de su caridad; el silencio de Quevedo en la Torre de Juan Abad; muerte y resurrección de Hernando de Soto; la preparación del té; la precariedad del unicornio; la vegetalidad de la pantera; el encuentro no efectuado entre Casal y Martí. Siempre Martí: Martí que plasma la abundancia de la pobreza y que reaparece en un rincón de la historia: “La Revolución cubana significa que todos los conjuros negativos han sido decapitados... Cuando el pueblo está habitado por una imagen viviente, el estado alcanza su figura. El hombre que muere en la imagen, gana la sobreabundancia de la resurrección. Martí (...) ha sido enterrado y desenterrado, hasta que ha ganado su paz. El estilo de la pobreza, las inauditas posibilidades de la pobreza han vuelto a alcanzar, entre nosotros, una plenitud oficiante”.

Así, consecuentemente, en esta meditación sobre la poesía apenas sí se habla de poetas o de versos. Las imágenes no acuden del endecasílabo, del alejandrino, de la copla; las imágenes son una constitución de lo que, más aún que la fe, es el motivo determinante de Lezama, la realidad primera y última, la realidad interminablemente oculta y descifrada en términos poéticos.

Acude frecuentemente a la historia, pero las imágenes resultantes son una negación de la historia; recurre a la filosofía para hallar, en una yuxtaposición, la fruición que representa un término escolástico al quedar despojado de su tecnicismo y asumir su latencia poética. El descubrimiento, la transformación, la metamorfosis de todo lo vivido (y de todo lo leído) en poesía es lo que le da a este libro irónico su conmovedor carácter dogmático. Es una búsqueda tenaz de lo poético, edificada siempre sobre lo precario, lo enigmático, lo paradójico. Es, por tanto, difícil (e inútil) el intento de traducir conceptualmente las hipotéticas teorías de Lezama. Es la búsqueda, la caza, interminables por su definición y por su sino. Su captación definitiva es irrealizable; a Lezama se le aparece y se le pierde, monótonamente, la poesía, porque es un territorio inapropiable. Está siempre en la frontera, como dentro de otro contexto dice Gilles Deleuze: "exactamente en la frontera de las proposiciones y las cosas".

H. V. G.

* * *

POLITICAL ORDER IN CHANGING SOCIETIES—Por Samuel P. Huntington—Yale University Press. 1968.

Chile y Méjico son dos experiencias fascinantes, pero completamente distintas, en el proceso de institucionalización de los partidos políticos como instrumentos de una "revolución", cualquiera que sea el sentido que se le atribuya a la palabra, muy equívoca. El profesor Samuel P. Huntington analiza los fenómenos del Orden Político en sociedades cambiantes y hace referencia concreta a varios países de América Latina, entre ellos Chile y Méjico, pero es natural que el caso chileno apenas llegue en su obra a la etapa que había alcanzado hace unos cuatro años, cuando se publicó el libro. Desde entonces han pasado muchos fenómenos, algunos de ellos inesperados y aun inexplicados en términos teóricos, por el ambiente emocional de que está aun rodeado el experimento chileno, o sea el establecimiento de un régimen marxista dentro de un marco de "instituciones burguesas", una contradicción en los términos, según ciertos observadores, y una posibilidad no explorada pero verosímil, según otros, que creen en esta realización chilena, que asimilan a los experimentos políticos de comunistas heterodoxos, como en Yu-

goeslavia, que logró salirse de la férrea ortodoxia rusa, de la misma China, cuya revolución se basa en un marxismo distinto del impuesto por Stalin, y aun en los casos de partidos comunistas que no han llegado al poder, como el Italiano, pero que tampoco sigue al pie de la letra las instrucciones extranjeras.

Como anota el profesor Huntington para el caso de Méjico, no todas las revoluciones triunfan y no todos los triunfos son irreversibles. La revolución mejicana ha sido un triunfo pero solo desde ciertos puntos de vista. Ha "institucionalizado" un partido, pero en el mismo proceso ha falseado en gran parte los mismos fines revolucionarios originales, que se enderezaban hacia un gobierno popular y hacia una reforma agraria y social a fondo. El partido virtualmente único, PRI, ha llegado a ser, en la práctica, una "nueva clase", que remplazó a la antigua feudal, y por lo mismo nunca realizó verdaderamente los ideales revolucionarios agraristas, a la manera de Zapata. Ese programa se quedó en los murales de Rivera y Siqueiros, que adornan palacios construídos por la nueva clase y para ella. Ahora mismo surgen en Méjico movimientos de rebelión, generalmente estudiantiles, que por cierto han sido suprimidos violentamente, en episodios muy semejantes a lo que sucedía en tiempos de Porfirio Díaz con la revolución de Madero.

Es cierto, sin embargo, que este partido único (aunque no lo es en teoría, pero sí en la práctica) ha provisto a Méjico de un grado considerable de estabilidad, como lo analiza el profesor Huntington. Su tesis en el sentido de que la pluralidad de partidos es propicia a la inestabilidad política se confirma en el caso mejicano. En el chileno es distinto: ha existido en Chile tradicionalmente una notoria división, casi fraccionamiento, de la opinión política, sin inestabilidad política en el sentido de que no se han registrado golpes de Estado en mucho tiempo y las instituciones parlamentarias han funcionado de manera normal. El mismo Huntington acepta esa posibilidad chilena, por el origen cultural de sus instituciones y su carácter más europeo que indígena.

Cualquiera que sea la razón, lo cierto es que una excepción tan notable indica que no se puede aplicar la teoría de Huntington sobre pluralismo político. Aun es demasiado pronto para saberse lo que pasará en Chile con la revolución de Allende, aun en el caso de que fracase en última instancia. El solo hecho de

que hubiera llegado al poder un gobierno marxista, y aunque haya sido en forma de coalición, dejará huellas no solo en Chile mismo sino en el resto del continente, con repercusiones todavía imposibles de calibrar, por ejemplo en el influjo de Cuba en el resto del continente, y aun en el mundo, como experiencia de un régimen socialista comunista en el hemisferio que se atribuye al dominio político y económico de los Estados Unidos.

También es imposible calcular ahora a largo término el efecto de la experiencia chilena en la estructura económica y en la productividad. Los primeros resultados han sido negativos, pero tienen su explicación en la dinámica misma de la revolución, dirigida precisamente a quebrantar una sociedad desequilibrada, a aumentar los ingresos de las clases bajas y a conquistar en la medida mayor posible la autonomía nacional en lo tocante a la propiedad de las grandes empresas, sobre todo de minas de cobre. El solo aumento de ingresos, sin la correspondiente producción de bienes de consumo, ha creado un grado alto de inflación, que a su vez ha creado problemas políticos, en una sociedad relativamente industrializada, o sea en una etapa de desarrollo, económico y político, completamente distinta de la que atravesaba Méjico en 1910.

Empero, la revolución mejicana, anota Huntington, prestó coherencia a la política del país al romper la rígida estratificación de la sociedad colonial aristocrática y rígidamente dividida por una tradición española, religiosa, social, criolla, militarista, y la clase media liberalizante e individualista que se desarrolló lentamente en el siglo XIX. La tradición colonial era corporativa en la forma y feudal en el contenido: el modelo decimonónico de Juárez y Madero era individualista en la forma y liberal en el contenido. La revolución combinó hábilmente ambas vertientes en una cultura política pluralista en la forma y socialista (o populista) en el contenido. Así explica Huntington que las clases afectadas por la revolución, como la Iglesia, el Ejército, los terratenientes, hayan acabado por aceptar la coexistencia en el Estado. En última instancia lo que ha sucedido es que esas clases han perdido menos de lo que pensaban cuando empezó la revolución. En Chile, por el contrario, todo indica que el movimiento nacionalista por la posesión de las minas y el socialista por la expropiación de los fundos y fábricas significará un golpe decisivo a la organización social y económica anterior. O sea que no existen muchas probabilidades, en el momento, de

una coexistencia pacífica entre las clases altas y las bajas. La clase media, de tendencia conservadora, refleja su actitud en el partido Demócrata Cristiano, que tiene su ala de izquierda, vacilante ante Allende, y el ala centrista, o de derecha (las palabras en este caso son también equívocas) que se opone claramente a la experiencia socialista y al influjo de los comunistas en el gobierno, aun dentro del marco institucional que hasta ahora ha respetado el gobierno, como se ha plegado a varios triunfos electorales parciales de la oposición.

Chile ha "institucionalizado", no un partido, sino el sistema de gobierno y oposición, dentro de un pluralismo que funciona con coaliciones, muy a la manera italiana, o francesa de la IV República, o actual alemana. Aunque el profesor Huntington cree que ese pluralismo produce golpes militares "casi seguramente", en Chile es remota esa posibilidad, si se juzga por el doble criterio de su historia y de la situación actual, que tiene al ejército como uno de sus sostenes básicos. El único asesinato político de importancia sucedido en el régimen de Allende hasta ahora ha sido precisamente con una víctima militar, el comandante de las fuerzas armadas, a manos casi seguramente de elementos conservadores. O sea todo lo contrario de lo que se había podido anunciar dentro de los esquemas tradicionales de la dinámica política, aun en la tesis de Huntington. Que la intención de ese asesinato haya sido, como lo fue casi seguramente, crear caos y empujar a los soldados a un levantamiento, no quita fuerza al hecho de que las fuerzas armadas, como institución, estén claramente apoyando al gobierno, tal vez no por ser socialista sino por ser legítimo.

En Méjico, el ejército mismo, eminentemente popular, fue el autor de la revolución. Nos referimos, naturalmente, a los ejércitos de Madero y a los grupos agrarios que lo sucedieron, incluyendo a personajes tan primitivos como Villa, un guerrillero analfabeto y sin conciencia política alguna. Pero todo ello creó una tradición mejicana, aun vigente, que hace imposible el establecimiento de un ejército contrario a las instituciones o de una Iglesia, cualquiera que sea, sobre todo la católica, como un Estado dentro del Estado, a la manera de países concordatarios, como Colombia.

Existe la fascinante posibilidad, ya entrevista por algunos observadores, de que el pluralismo no solo no tiene peligro para

la estabilidad sino que en ciertos casos, como el chileno, es condición para ella, tanto en la economía como en la política. Los sucesos recientes en Chile, donde el mismo partido comunista ha optado por una línea media, conservadora, parecen indicar que la única manera de evitar el colapso económico y un posible golpe militar es precisamente con el regreso al pluralismo, renunciando la coalición de la Unidad Popular a la creación del partido único. Si ello resulta ser así, la tesis de Huntington resulta insostenible. O por lo menos con tantas limitaciones que a la postre viene a carecer de sentido.

El papel del ejército es aun más difícil de cristalizar en Chile que en cualquiera otra parte de América Latina, incluyendo a Méjico. Según Huntington, el papel de los militares cambia con la sociedad. En un mundo oligárquico, el soldado es radical. En una sociedad con predominio de clase media, es árbitro y mediador. A medida que la sociedad se solidifica se convierte en un elemento conservador del orden existente. Mientras más atrasada una sociedad, más progresista es el papel del ejército, por la misma razón, como parece comprobarlo, superficialmente, el caso de las naciones emergentes africanas. Y quizá también el caso reciente de países latinoamericanos, como Perú. En 1890 se fundó una logia militar masónica en Argentina, para promover la reforma. Treinta años después se fundaba la logia San Martín para oponerse a la reforma. En Méjico el papel de los militares es todavía pasivo, probablemente porque la institución militar formó parte del "status" que desde la revolución misma. En Chile, a juzgar por estos dos años de régimen, ocupa una situación intermedia, entre árbitro y sostén. Los coqueteos de la oposición corresponden al papel que se le asigna al ejército como defensor del orden establecido, en este caso establecido antes de Allende, y que el mismo Allende ha prometido respetar, esto es, las libertades formales, la independencia del poder judicial, la libertad de prensa y la decisión política a base de mayorías electorales. El gobierno coquetea también, para asignarle al ejército un papel que también le corresponde, apoyar al gobierno legítimamente constituido, que tiene origen popular y no ha violado, al menos en materia grave, ninguna de las normas constitucionales.

A. P.

* * *

THE NEW TOTALITARIANS—Por **Roland Huntford**—Editorial Stein & Day. Nueva York. 1972. 354 pág.

Cuando se habla de “países totalitarios” automáticamente se piensa en la Unión Soviética y España, en China y Portugal. En los países comunistas de Europa oriental o en Africa del Sur, que tiene gobierno de un partido, además, racista. Pero no se piensa en otra forma de totalitarismo, o al menos llamado así por algunos críticos, admitidamente conservadores, como Roland Huntford, corresponsal muchos años de “The Observer” inglés en países escandinavos, particularmente Suecia. Y es ese modelo de socialismo liberal el que Huntford llama “nuevo totalitarismo”.

La razón de ello es que el sueco es colectivo por naturaleza, no realmente por imposición. Eso de por sí absuelve a Suecia del adjetivo, un poco extremo de “totalitaria”. El poder extremo del Estado es vituperable en el sentido de que se impone a unos ciudadanos que no lo quieren, que prefieren su libertad personal a la gloria del poder o aun a su seguridad económica. Por propia afirmación del autor, no es el caso de los suecos, que votan genuina y francamente por su forma de vida, con el monopolio virtual de su partido Laborista, una forma de socialismo democrático. Y aceptan todas sus implicaciones. Por ejemplo: la concentración del poder en el Estado y sobre todo en los sindicatos, que se confunden de hecho con el poder público; el registro de la vida individual hasta convertir al sueco en un número de computadora; la regimentación de la vida personal y aun familiar, con la vigilancia total del Estado sobre el ciudadano. Los funcionarios encargados de proteger a la infancia tienen derecho de inmiscuirse en la vida de la familia y averiguar hasta qué punto el niño recibe cuidados y educación adecuados.

Lo que se plantea es una cuestión de dosis. Si se considera extremo el poder del Estado para garantizar los derechos del niño, o lo que llamamos nosotros “paternidad responsable”, habría que ver si se prefiere la paternidad irresponsable y el abandono de los niños, como es obvio en países cristianos, por ejemplo el nuestro. La respuesta sería que existe un medio racional entre los extremos: garantizar el derecho del niño y al mismo tiempo el derecho del ciudadano a su vida íntima.

Pero se trata de cuestiones prácticas. Y el sueco parece serlo en grado sumo, enemigo como es de las discusiones intelectua-

les. El autor de esta crítica implacable sostiene que el Welfare State, o Estado Benefactor, hacia el cual tiende el socialismo, en realidad acaba por destruir los elementos de la personalidad humana, exactamente como lo preveían espíritus proféticos, como George Orwell, en "1984", aquella novela de anticipación que Huntford cree ver casi completamente realizada en Suecia. Puede ser una exageración de una mentalidad conservadora. Pero también, y sin duda lo es, la alarma natural de un espíritu liberal que mira con sospecha instintiva la disminución del hombre con pretexto de su bienestar material. La concepción puramente económica de la historia ha conducido a formas de totalitarismo, visibles en nuestro tiempo, que consideran necesario disminuir al hombre en su espíritu para garantizar la distribución más justa de la riqueza. Por ese camino se ha llegado al ahogamiento de la libertad intelectual y del derecho a la disidencia.

Suecia, en ciertos aspectos, es realmente una nueva Edad Media. Culturalmente parece demostrarlo así cierta forma de su arte, el cine de Bergman, completamente medioeval. Lo es también el conformismo excesivo que parece predominar en una sociedad con alto índice de ingreso, o PIB, producto interno bruto, altísimos impuestos y absoluta uniformidad en los apartamentos construidos en serie. El bienestar general y la ausencia extremos de pobreza se pagan con el aire gris y la ausencia de originalidad en la vida y en la creación. Todo ello, sin embargo, es aceptado voluntariamente por una población inteligente, que quizá prefiera esa solución al desorden aparente de las comunidades abiertas pluralistas. Es una experiencia humana y política que debe juzgar la historia.

A. P.

* * *

TREE OF HATE—Propaganda and Prejudices Affecting United States Relations with the Hispanic World.—Por Philip Wayne Powell—Bawic Books, New York, London. 1971.

Un profesor de historia en la Universidad de California ha dedicado un meritorio esfuerzo a uno de los temas venerables de la historia: la leyenda negra sobre la conquista y colonización de América por los españoles.

Este libro está evidentemente destinado a lectores de habla inglesa y a culturas que mantienen ciertos reflejos condicionados culturales, como los holandeses, que tienen razones políticas e históricas para mantener la tradicional antipatía contra un imperio que dominó su suelo durante mucho tiempo, cuando en nuestro idioma nació la expresión "poner una pica en Flandes". El autor menciona ese tipo de fenómenos pero no parece atribuirles la importancia que verdaderamente tienen en el mantenimiento de la leyenda negra, originada mucho más en esas rivalidades políticas (como entre ingleses y españoles en la época isabelina) que en la pretendida influencia de "liberales y masones" contra España, una desacreditada leyenda negra conservadora que curiosamente parece compartir todavía el autor.

Si se exceptúa el excesivo conservatismo, obvio en el libro, se trata de una excelente investigación sobre los innumerables prejuicios que se han conservado a través de la historia contra la nación española, en general, y en particular sobre los excesos que se atribuyen a los conquistadores. Muchos de ellos son innegablemente históricos. Pero no fueron mayores que los cometidos en general por los pueblos europeos de la misma época, no solo en sus colonias sino también, y sobre todo, en las crudelísimas guerras religiosas, como entre hugonotes y católicos, que dejan pálidas a la conquista española y a la Inquisición.

El profesor Wayne Powell se toma gran parte de su trabajo para desacreditar la obra del P. Las Casas, que ha sido el cabrito emisario de toda esta literatura histórica. Su "Brevísima Relación" ha sido origen de una larguísima polémica, que llega hasta nuestros días con don Ramón Menéndez Pidal, que entregó parte de sus últimas energías a quitarle piso histórico al venerable obispo, cuyas exageraciones era fruto de la buena fe y de su indignación contra los abusos de sus compatriotas contra los indios. Estampó inexactitudes, indudablemente, pero fueron probablemente menores que las enviadas por los encomenderos a la Corona, en defensa de sus conquistas y del oro que robaban a los indios. Si se abona la intención, el P. Las Casas resulta con mejor luz histórica que la mayoría de los conquistadores. No tuvo la culpa de que los enemigos de España aprovecharan su obra para atacar al imperio. Todos los imperios en la historia han tenido enemigos que aprovechan cualquier situación y con mayor razón los libros escritos por sus propios súbditos. Pero a su vez, el hecho de que el P. Las Casas fuera español implica un

elogio a la misma España, que producía el mal y el remedio al mismo tiempo, lo que ciertamente no pueden decir de sí ni los ingleses, ni los holandeses.

Para los lectores de lengua española, en América, el libro es menos impresionante, sencillamente porque gran parte de ese edificio antiespañol creado a partir del siglo XVI ha sido destruido en estos países, herederos de España, por los mismos liberales humanistas, sin ayuda de los tradicionalistas. No es completamente exacto, como dice el autor, que los movimientos de independencia hubieran aprovechado las calumnias de los ingleses contra los españoles. En realidad hubo poca leyenda negra en los Libertadores, muchos de los cuales eran más españoles que criollos y algunos de ellos ni siquiera se proponían la independencia absoluta sino cierto grado de autonomía y rebajas de impuestos. Aun en nuestros días hay quienes creen que la independencia "fue prematura", detalle que no parece conocer este intrépido profesor norteamericano.

A. P.

* * *

PANAMA Y SU SEPARACION DE COLOMBIA—Una historia que parece una novela—Por **Eduardo Lemaitre**—Biblioteca Banco Popular. Bogotá. 1971.

"Speak softly and carry a big stick" es una de las frases históricas relacionadas íntimamente con la historia de nuestro país. Eduardo Lemaitre en su libro (1) la cita varias veces, con una inexactitud curiosa en un trabajo tan cuidado: "Camina despacio y lleva contigo un buen garrote". En realidad, Teodoro Roosevelt se refería claramente al contraste de "hablar en voz baja" pero respaldado por la fuerza. Que fue precisamente lo que hizo, como uno de los protagonistas centrales en el desmembramiento de nuestro antiguo Panamá, una sección de Colombia que de todas maneras estaba destinada a irse con otro. Ni las circunstancias históricas, ni las condiciones políticas, ni los gobernantes de entonces en Colombia, ni la economía ni la geografía podían garantizar la integridad territorial.

Los villanos, de varias nacionalidades, franceses y norteamericanos, tunjanos y bogotanos, que toman parte en esta farsa, fueron en el fondo instrumentos de una fatalidad histórica. Separarse de Colombia era el destino manifiesto de Panamá. Y es fácil deducirlo con la lectura de esta obra excelente, uno de los grandes libros de historia nunca escritos en Colombia, por la autenticidad de las fuentes, el cuidadoso trabajo de confrontación, la honradez intelectual y la objetividad, muy rara entre historiadores, sobre todo colombianos. Emplea además un estilo ligero, en cierta manera periodístico, a veces excesivamente familiar.

Muchos conservadores pueden pensar que los personajes de ese partido, al cual pertenece Lemaitre, son tratados con excesiva aspereza. El ejemplo clásico, don José Manuel Marroquín, a quien se llama en el libro invariablemente como "el vejete". La imagen histórica de este ciudadano no es fácil de enfocar. Lemaitre lo alumbra por todos los ángulos, busca su debilidad, resulta que era una fuerza algo hipócrita, decía detestar el poder pero no lo rechazaba y cuando se trató de emplearlo sabía muy bien para qué servía, sin importarle gran cosa la jerarquía sagrada conservadora, representada entonces por el gran pontífice don Miguel Antonio Caro, a quien además debía Marroquín la silla presidencial.

Buneau-Varilla, que ha estado en la historia con caracteres vagos, a veces contradictorios, aparece con todo su contraste, en luz y tinieblas, en este libro, el primero que toma este personaje desde el principio y al fin y hace de él una verdadera figura balzaciana. Lo era, en efecto. Sería una incomparable figura central para una novela histórica que por su género se prestase mucho mejor a la imaginación de lo verosímil que a la comprobación de lo real.

Es, por otro lado, una triste historia. La increíble incompetencia de nuestros gobernantes de entonces se equilibra un poco con la dignidad demostrada por parte del Congreso colombiano de entonces, un pequeño senado con la mayor parte de aquellos que harían la historia subsiguiente. Esos civiles desempeñan un papel incomparablemente más decoroso que nuestros militares, que en aquella ocasión hicieron un desmedrado papel de comedia. Y a veces, aun en casos de grandes personajes, es evidente que

no se dieron cuenta de lo que significaba el episodio histórico que vivían. O por lo menos así aparecen en las páginas de este libro, con una documentación difícil de destruir para comprobar lo contrario.

Todo ese cuento va cumpliendo ya sus setenta años, dos generaciones. Eduardo Lemaitre ha logrado hacerlo vivo, como una novela de suspenso pero con la fuerza de la documentación histórica.

A. P.

* * *

CUENTO MI VIDA—Por Fernando Mazuera Villegas—Editorial Antares. (Edición numerada, no comercial). Bogotá, 1972.

Tanto el autor, como el prologuista de este libro (1) y varios de quienes lo han comentado, parecen pedir perdón al público lector por una obra que no pertenece a la profesión de las letras. Nuestro país, notoriamente formalista, aun bizantino, en las cosas que atañen al idioma y al lenguaje literario, es a veces más exquisito que las academias y lingüistas en los juicios sobre la lengua escrita, que sin embargo tiene muestras excelentes realizadas a su manera por personas deliberada o inconscientemente ajenas a las convenciones literarias. Acuden a la memoria casos, muy distintos entre sí, como Benvenuto Cellini y Teresa de Jesús, que escribieron de sí mismos con el idioma cotidiano, sin el menor respeto por la sintaxis académica y sin pretender rivalizar con los clásicos. Sin embargo, cada cual ha sobrevivido, por sus calidades internas, la espontaneidad, la sencillez, el arte directo que no se aprende con normas abstractas. La Autobiografía de Cellini ha sido materia de análisis científico en trabajos de investigación sobre el impresionismo en el lenguaje y Santa Teresa es una luminaria.

Todo ello para decir que el escritor no profesional resulta a veces más cerca del lenguaje popular, vivo, y casi siempre más ameno. En el caso de Fernando Mazuera se agrega el interés histórico, por el relato de acontecimientos de nuestra pequeña historia política, generalmente perdidos en la memoria de sus

protagonistas y muchísimas veces materia prima del chisme desproporcionado, uno de los principales deportes nacionales. La carrera de un hombre de negocios que al mismo tiempo llegó a servidor público de alta categoría y aun candidato a la primera magistratura tiene algo de balzaciano en sí mismo. Y aparte el interés humano, es un documento inapreciable para que el historiador del futuro juzgue lo que era nuestra comunidad bogotana y colombiana a mediados del siglo veinte, en varias de sus capas sociales, que aparecen claramente en varios episodios de la vida del autor contada por sí mismo, con la independencia personal que ha conquistado, con la madurez natural de los años, con la experiencia adquirida en varias órbitas de la vida colombiana, la política, los negocios, la "sociedad", aun las intrigas palaciegas y la manera como operaba la "libre empresa" en nuestro país antes de los malos ejemplos que están dando Cuba y Chile.

Las memorias personales siempre han tenido un encanto peculiar, sean o no obras de arte. Es además un género individualista, producto natural del espíritu de Occidente, según parece. Hablar de sí mismo, que se dice ser malas maneras en sociedad, es buena manera en la historia. De sí mismo hablaba San Agustín, en la primera gran obra del género que se conoce. Y está en la línea el gran maestro, don Miguel de Montaigne, que hizo del "yo" una bandera literaria, una rebelión contra el mundo gris y colectivo de la Edad Media, que era capaz de hacer una catedral gótica sin nombre de autor. El colombiano habla de sí mismo, pero escribe con el "nos", como los obispos. Y es notoriamente alérgico al recuento directo y cándido de su vida, muchas veces indispensable para la recreación posterior de la historia. Son muy escasas las Memorias escritas por colombianos. Un abanderado, sencillo y noble, lo hizo, y nos dejó un documento excelente para la historia. Otros, como O'Leary, ni siquiera eran colombianos. Bolívar no tuvo tiempo de escribir y Santander se dedicó a escribir cartas, muchas de ellas sin interés ninguno.

Fernando Mazuera ha dado ejemplo de seguridad en sí mismo, virtud también escasa en nuestros compatriotas, que prefieren criticar la vida de los otros más bien que contar la propia.

A. P.

* * *

SI YO FUERA PARAGUAYO—Por Benjamín Varón—Editorial del Centenario. Asunción. Paraguay. 1972.

El funcionario de pasaportes inquiere sobre la nacionalidad del inmigrante, quien explica:

“Nací en Chernowitz. Esa ciudad quedaba en Austria cuando nací. Cuando me mudé de Chernowitz a Viena, ésta quedaba en Austria. Ahora queda en otra parte. Yo no emigré. Fue Chernowitz la que emigró”.

¿Qué nacionalidad tiene un señor que nace en Chernowitz, que ahora queda en Polonia, pero antes quedaba en Austria, señor que además tiene que salir de Austria por decisiva influencia de Hitler, quien de paso anexa a la misma Austria y convierte a los austriacos en alemanes? Muy probablemente ese señor tiene nacionalidad israelí. Que es precisamente lo que pasó con Benno Weiser, antes de llamarse Benjamín Varón. Y cuenta todo eso, con mucho salero y otras cosas más en su libro, colección de memorias, charlas y artículos, pequeña obra maestra de un fenómeno humano llamado *Gemütlichkeit*, intraducible, en lo cual es maestro Benjamín, actual embajador de Israel en Paraguay, una asunción que tuvo después de varios oficios diplomáticos en otras partes del mundo, incluyendo a Bogotá y la ONU, donde ha tropezado con este cronista.

Benno es un judío especialista en cuentos de judíos contra los judíos, a veces también a su favor. Es una forma de *Gemütlichkeit*. Como lo es del humor profundo, que consiste ante todo en no tomarse demasiado en serio a sí mismo y poder decir con una sonrisa lo que a veces se siente con todo el dolor del alma. La manera del autor es la anécdota, el cuento, el chiste, que coincide siempre con una verdad humana. Es el método más eficaz para corregir las flaquezas humanas y para sostener tesis abstractas de un modo concreto o de ponerle concreto a la debilidad de lo abstracto. (Cualquier juego de palabras que se escape en este comentario es legítimo contagio del libro). Recoge cuentos clásicos de rabinos, tema en que es experto internacional, pero se guarda, quizá para otro libro, las obras maestras de la literatura talmúdica, que es la escolástica de los judíos y al mismo tiempo su estilo bizantino, llevado al delirio. Pero esos cuentos exigen una alta dosis de sofisticación intelectual. Es más sen-

cillo y universal exponer en unas líneas el lío de todas las administraciones del mundo, la burocracia:

La oficina central de administración pública ordena que en adelante todos los empleados públicos traten a los ciudadanos con extrema cortesía, so pena de perder el empleo automáticamente. El burócrata madruga al día siguiente, ensaya su mejor sonrisa ante el espejo, llega temprano a su oficina, recibe al primer ciudadano, lo hace seguir, le ofrece cigarrillo, café, y se pone a sus órdenes incondicionalmente: “Y ahora, ¿mi querido señor Pérez, en qué puedo perjudicarlo?”.

Un clásico es la historia del judío que visita a los Rothschild, y se convence de que no son tan ricos como se dice. Su argumento: “Pues estuve en su casa y pude ver claramente a dos de sus niñas tocando en el mismo piano”.

Y este, que debe haberlo inventado hace poco. Willy Brandt manifiesta su complacencia por el nombre del auditorio de conciertos en Tel Aviv, Auditorio Mann. Agradece que se recuerde la memoria del gran Thomas Mann. “Pues no se llama así por Thomas Mann”, le advierte su acompañante”. “No importa”, dice el canciller, “aprecio igualmente a su Hermano Heinrich Mann, muy buen escritor”. “Pues tampoco tiene nada que ver con el hermano”, dice el acompañante. “Es un homenaje a Federico Mann”.

“¿Federico Mann? ¿Y ese qué escribió?”.

“Un cheque”.

A. P.